DOCUMENTOS Y GENEALOGÍAS. A PROPÓSITO DE UN LIBRO DE RAFAEL OBREGÓN LORÍA Y OTRO DE CARLOS MELÉNDEZ CHAVERRI

Iván Molina Jiménez
Prof. Universidad de Costa Rica
Escuela de Historia

La publicación de fuentes históricas, un esfuerzo liderado en Costa Rica por la *Revista del Archivo Nacional* desde la década de 1930, es siempre una contribución valiosa para los investigadores sociales. Este punto de vista parece ser compartido por el Banco Central de Honduras y el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, dos instituciones que acaban de editar dos obras documentalmente importantes y preparadas por los profesores Rafael Obregón Loría y Carlos Meléndez Chaverri[1]. La primera es parte de la colección «Familias alajuelenses», y la segunda es un excelente complemento a una extensa cronología de la vida de Francisco Morazán que figura en la *Revista de Historia*[2].

LOS ESCRITOS DEL GENERAL MORAZÁN

El libro del profesor Carlos Meléndez Chaverri ofrece a los interesados en la Centroamérica de la primera mitad del siglo XIX, un valioso conjunto de fuentes históricas. La obra consta de 185 documentos, ordenados cronológicamente, la mayoría escritos por el General Francisco Morazán o vinculados con su experiencia política y militar. El texto se cierra con un anexo, la célebre «Memoria de David», escrita en 1841, en la cual el caudillo defendió el papel que jugó en los conflictos de 1829; y con una cronología detallada, que identifica los principales eventos de la convulsa y controversial vida de este personaje.

La obra de Meléndez, aunque todavía incompleta, es por el momento la mejor y más exhaustiva compilación que existe de los escritos de Morazán. El laborioso trabajo que supone localizar este tipo de documentación está de sobra justificado, ya que los políticos centroamericanos –según lo señaló alguna vez Rodrigo Facio– han dejado pocas memorias o autobiografías. La escasez de tales textos, explicable por falta de tiempo, de oportunidad o de interés, deja con frecuencia, como única opción, para conocer el pensamiento de los caudillos, la recopilación sistemática de sus trabajos, inéditos o dispersos en revistas, periódicos y volantes.

La presentación de los documentos con que se abre el libro es a la vez breve y precisa. Meléndez informa al lector de los esfuerzos anteriores por recopilar los escritos de Morazán, y ubica a este personaje en el contexto político de la época. El compilador, al analizar el derrocamiento de Morazán en Costa Rica y su posterior ejecución en el costado suroeste del actual Parque Central josefino, explica:

> «los levantamientos de setiembre de 1842 que ocurrieron en la ciudad de San José, fueron en su esencia movimientos populares. El acto de su fusilamiento, obedeció a este mismo impulso popular»[3].

El énfasis en el carácter popular del levantamiento que depuso a Morazán es interesante, ya que los historiadores liberales costarricenses destacaron el liderazgo de los vecinos principales en la caída del caudillo. La otra cara de este acento fue desvirtuar el papel jugado en ese proceso por los artesanos y campesinos de San José y Alajuela[4]. Francisco Montero Barrantes, acorde con la perspectiva liberal, publicó en 1892, con el fin de descalificarla, una carta atribuida a don Francisco de Paula Gutiérrez. Esta larga epístola, sin embargo, es elocuente en cuanto a cómo ocurrió el derrocamiento:

> «el domingo 15 de setiembre, resuenan por todas partes los vivas a la santa libertad, nuestro padre San José, Nuestra Señora de los Ángeles y vivan los pueblos unidos que daban los soldados y reclutas con que Morazán contaba para empezar la reconquista de Centro América... La fuerza de los pueblos no será fácil de atinar, pero podré deducir con seguridad que entre armados de palos, machetes, fusiles y piedras, (inclusas) mujeres, pasaba el número de 5,000. Los oficiales muy pocos y casi no eran necesarios; sirviendo poco aunque se distinguieron algunos»[5].

Lo único que queda por decir del libro del profesor Meléndez Chaverri es que ojalá supere las limitaciones que, por lo común, enfrentan los productos culturales del istmo para circular ístmicamente. La obra, que merece estar en las librerías de los distintos países de Centroamérica, será útil sin duda para los investigadores y lectores interesados en la temprana y convulsa era republicana del área. El esfuerzo emprendido por el Banco Central de Honduras al editar este volumen documental, es un ejemplo que el Banco Central de Costa Rica debería imitar en un futuro cercano.

DE LA GENEALOGÍA A LA HISTORIA

Empiezo por confesar que aguardaba con impaciencia la publicación del cuarto tomo de *Familias Alajuelenses en los libros parroquiales,* del profesor Rafael Obregón Loría. La razón es fácil de entender: al igual que otras personas cuyos apellidos se inician con las letras J y M, esperaba identificar a varios de mis ancestros lejanos. Los más próximos los encontré en la página 500, en la cual figura el tronco Molina-Montero. El 1º de octubre de 1893 contrajeron nupcias en la parroquia de Alajuela Samuel Molina Cascante y Adela Montero Solano, mis abuelos por parte paterna.

El nombre completo de la abuela era Silvia Adela Rafaela de Jesús, y se casó muy joven, casi a los 17 años y medio: su fecha de nacimiento consta en la página 532, el 24 de abril de 1876. Fue la segunda hija de Leoncio Montero Zamora y Estéfana Solano Rojas. Los antepasados de Estéfana, mi bisabuela paterna, quizá se dejen ver en los tomos quinto y sexto de esta colección (todavía no publicados); pero los de Leoncio sí los pude identificar. El tataratataratatarabuelo de mi bisabuelo fue Francisco Montero, al parecer un vecino de Heredia casado con Manuela Barboza.

El hijo de Francisco, Manuel Montero, desposó a María Dolores Deodo el 23 de enero de 1782 en la parroquia de Heredia: diez meses y dos días después, el 25 de noviembre, la pareja bautizó en dicho templo a su primogénito, al que llamaron Pedro Antonio. Los vástagos posteriores fueron seis: tres varones y tres mujeres, y el primero de mayo de 1808, don Manuel murió en Alajuela. ¿Por qué se trasladó de Villa Vieja a Villa Hermosa? La evidencia disponible no permite saberlo, aunque se puede especular que su desplazamiento fue parte del proceso de colonización agrícola del oeste del Valle Central[6].

Lo que sí es más claro es que esta familia fue una de las primeras de apellido Montero que vivió en Alajuela: en efecto, en la lista de vecinos que se levantó en 1782 con el fin de fundar una ayuda de parroquia, tal apellido está ausente. El primogénito de Pedro Antonio, José Gabriel Montero, contrajo nupcias el 8 de mayo de 1828 con la viuda Guadalupe Quesada, madre de dos hijos habidos de sus primeras nupcias. El fallecimiento de esta última el 8 de marzo de 1847, supuso el inicio de un inventario sucesorio, gracias al cual se puede conocer mejor al bisabuelo de mi abuela Adela[7].

La pareja Montero-Quesada tuvo 8 hijos, de los cuales sobrevivieron 6; y cuando murió Guadalupe, la fortuna familiar ascendía a 686 pesos. Este caudal permite ubicar al tatarabuelo de mi padre en el último nivel de las capas medias de 150 años atrás: en esa época, el 48,3 por ciento de los patrimonios era inferior a 500 pesos, el 4,5 por ciento superaba los 5.000 pesos y el 47,2 por ciento oscilaba entre 500 y 4.999 pesos. La familia de José Gabriel, a juzgar por el inventario de 1847, tendió a urbanizarse, ya que tenía poco ganado y dos pedazos de tierra pequeños valorados en 30 pesos.

Los principales activos familiares eran una casa ubicada en el casco alajuelense que se estimó en 250 pesos y cuatro deudas a favor por 318 pesos. El avalúo de bienes contabilizó además un saco de algodón y 20 ovillos de hilo, indicadores de que el hilado y quizá la costura eran actividades practicadas en esa casa, y cuatro obritas avaluadas en seis reales, dos sin título y dos ejemplares de un catecismo. La experiencia de José Gabriel fue quizá similar a la de otros productores agrícolas, cuyo ingreso dependió cada vez menos del cultivo de la tierra y, en el contexto de la expansión cafetalera, empezó a basarse en el préstamo a interés, en la ejecución de un oficio artesanal y en el comercio.

Los padres de Adela (nietos de José Gabriel) fueron descritos en 1893, en el acta matrimonial de mi abuela, como vecinos de esta ciudad, un calificativo que no se le dio a mi abuelo, Samuel, ni a sus progenitores, Matías y Ramona. La falta de una indicación de este tipo no fue casual: en efecto, el tronco Molina-Cascante no figura entre las familias investigadas por don Rafael Obregón Loría, una ausencia que sugiere que Matías y Ramona, bautizados y casados en otra parroquia, eran inmigrantes. La tradición oral de sus descendientes, que los dibuja como vecinos antiguos del casco alajuelense, se aparta de los datos demográficos, que trazan su asentamiento urbano a fines del siglo XIX.

Lo poco que sé de Matías y Samuel Molina permite entrever una experiencia parecida a la de los Montero: un desplazamiento creciente del campo por la ciudad. El abuelo paterno de mi padre fue un pequeño caficultor que, según la tradición familiar, también reparaba y construía carretas. La opción artesanal, que en Matías era una actividad complementaria de la agricultura, se convirtió en una vocación para su hijo: Samuel transitó con éxito de la carpintería a la ebanistería. La boda con Adela consolidó, en términos de parentesco y tradición urbana, la escogencia de Samuel por vivir y trabajar en el centro de Alajuela.

La investigación por el lado de los Jiménez fue poco fructífera, ya que los abuelos de mi madre, José María Jiménez y Domitila Cervantes, vivían en Grecia. El suyo fue un caso que se enmarcó en la colonización agrícola del occidente de Alajuela, ya fuera que emigraran por sí mismos o que fuesen hijos de inmigrantes[8]. La tradición familiar afirma que mi bisabuelo era un pequeño productor agrícola, aunque la figura que más pervive en la memoria de sus descendientes, es la de mi bisabuela, una partera y curandera rural, cuyas prescripciones herbales me fueron aplicadas durante mi infancia.

La colección *Familias Alajuelenses en los libros parroquiales,* del profesor Rafael Obregón Loría, es sin duda el proyecto editorial más ambicioso que ha emprendido el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. La importancia científica de esta obra es indudable: las genealogías, cuidadosamente organizadas por Eduardo Fournier García, son una fuente básica para conocer aspectos demográficos y de familia de los bautizados y casados en la parroquia de Alajuela. La combinación de estos datos con los aportados por otros documentos, en especial actas notariales de diverso tipo (testamentos, mortuales), permitirá en un futuro cercano explorar en detalle la historia social alajuelense.

El trabajo del profesor Obregón Loría, sin embargo, es estratégico en un sentido cultural: ofrece a los alajuelenses de fines del siglo XX, un instrumento para recuperar sus identidades personales y familiares y, por esta vía, el pasado de su ciudad y de su sociedad. Este rescate es esencial en las circunstancias actuales. La cultura neoliberal, cuyo único valor es el valor de cambio, avanza con sus delirios privatizadores, estimulada por un olvido colectivo: el de las conquistas sociales e institucionales de los costarricenses, y de las luchas que fueron necesarias para alcanzarlas. *Familias alajuelenses* es parte de la oposición a este proceso de pérdidas de las raíces, de los sueños y de la esperanza.

NOTAS

1. Obregón Loría, Rafael, *Familias alajuelenses en los libros parroquiales. Parroquia de Alajuela. 1790-1900,* t. IV (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1996). Meléndez Chaverri, Carlos, *Los escritos del General Morazán* (Tegucigalpa, Banco Central de Honduras, 1996).
2. Meléndez Chaverri, Carlos, «El verdadero Morazán». *Revista de Historia.* San José, Nº 26 (julio-diciembre de 1992), pp. 219-240.
3. Meléndez Chaverri, Carlos, *Los escritos del General Morazán,* p. 8.
4. Molina Jiménez, Iván, «Ideología e historia. El tratamiento de los conflictos de 1823, 1835 y 1842 por algunos de los primeros historiadores costarricenses y centroamericanos» (San José, mimeografiado, 1982).
5. Montero Barrantes, Francisco, *Elementos de historia de Costa Rica,* t. I (San José, Tipografía Nacional, 1892), pp. 262-263.
6. Alvarenga, Patricia, «Crecimiento económico y crisis agrícolas en el Valle Central del período colonial tardío». *Avances de Investigación del Centro de Investigaciones Históricas.* San José, Nº 44 (1988).
7. Archivo Nacional de Costa Rica. Mortuales Independientes. Alajuela. Exp. 1267 (184)
8. Samper, Mario, *Generations of settlers. Rural households and markets on the Costa Rican frontier, 1850-1935* (Boulder, Westview Press, 1990).